

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA CONFESION HISTORICA (y 2)

LOS SUPUESTOS

LA publicación del libro de Pedro Laín Entralgo, «Descargo de conciencia (1930-1960)», y, sobre todo, las reacciones que ha suscitado, me hacen reflexionar sobre algo que queda fuera de la crítica e incluso del campo visual: los «supuestos» del libro y de sus lectores y comentaristas. Si no queremos anegar en confusión la confesión histórica, hay que intentar ponerlos en claro.

Hacenta cuarenta años se rompió la convivencia de los españoles, se trajo la discordia en la forma más radical de toda nuestra historia, y a eso llamamos la guerra civil. Tres factores dieron particular gravedad a este suceso, haciendo de él algo sin comparación con las demás perturbaciones de nuestro pasado: el primero, las conexiones de ambos beligerantes con movimientos totalitarios extranjeros, que realizaron y pusieron en primer plano las tendencias «minoritarias» análogas, e introdujeron así una doble deformación en la política de las dos Españas en guerra; el segundo, el hecho de que la mayor violencia y ferocidad, en ambos lados, no fue bélica, sino política, en forma de represión de los supuestos disidentes, en una escala de formas de criminalidad más o menos legalizada; y tercero, que los vencedores de 1939, lejos de poner punto final a la contienda, han prolongado hasta ayer sus consecuencias y su espíritu, y hay una fracción considerable que intenta perpetuar todo ello indefinidamente.

Las interpretaciones dominantes en ambas zonas beligerantes eran, claro es, diametralmente opuestas. Según una de ellas, la República era un régimen absolutamente legítimo y legal, un Estado de derecho irrefragable, atacado violentamente por una subversión militar-fascista, sin la menor justificación y como primera batalla de la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista. Según la interpretación contraria, la llamada República era un caos sangriento, en poder de malhechores, a punto de desmembrarse y sumirse en una revolución, y la única reacción posible a ese estado de cosas fue la Cruzada o Guerra de Liberación, para salvar a España del dominio soviético.

Es comprensible que en 1936 se dijeran estas cosas, y hasta es posible que algunos las pensarán; pero al cabo de cuarenta años todo el mundo está persuadido de que la porción de verdad de ambos esquemas estaba disuelta en una masa de circunstancias bien diferentes. Las dos tesis que acabo de recordar eran absolutamente inconciliables; y la realidad efectiva las desmiente a ambas. Que la República fuese un régimen legítimo no implica que no estuviese perturbada por fuerzas ajenas a todo espíritu democrático y liberal, y a toda preocupación de legalidad; ni que su política en los últimos meses no

encerrase graves desaciertos; el que lo dude, lea por ejemplo los «textos» citados por Stanley Payne en «La revolución española». Que los defectos de esta situación política fuesen irreparables, que hubiese derecho a destruir el Estado y arrasar toda su estructura, a multiplicar por diez mil la violencia existente, ¿quién podría hoy sostenerlo?

Yo creí entonces y sigo creyendo que la guerra civil fue querida por muy pocos, por dos fracciones exiguas que impusieron su voluntad de discordia y violencia al país entero, alegres de poder liquidar la estructura política para poner las cosas a su gusto. No se olvide que el 18 de Julio fue festejado también en la zona republicana, y la calle del Príncipe de Vergara (es decir, Espartero, el vencedor liberal de la primera guerra carlista) se llamó en el Madrid de la guerra Avenida del 18 de Julio.

En mi opinión, la inmensa mayoría de los españoles no querían la guerra; pero, una vez estallada, planteaba una opción insoslayable. Personalmente creo que lo decisivo fue estar a favor o en contra de la guerra, y en ese punto pongo mi estimación; me parece secundario, en cambio, desde la aversión de la guerra como tal, haber optado por uno u otro bando. Había, ciertamente, razones a favor y en contra de los dos; era posible —sobre todo, teniendo en cuenta que la información era deficiente, que la presión de la propaganda fue fortísima— preferir una de las dos alternativas; y ha sido igualmente posible considerar después que esa preferencia había sido errónea, que a última hora el otro lado tenía mayor justificación o menores inconvenientes. Considerar —como se hizo durante la guerra— que militar en el otro bando o simpatizar con él era un crimen, me parece atroz. Tener por culpable durante cuatro decenios al que estuvo en el de los vencidos, es moral y políticamente monstruoso.

* * *

Pues bien, son inequívocos los síntomas de que se está deslizando, como por debajo de la puerta, el supuesto contrario: que se es culpable simplemente por haber estado del lado de los vencedores. El no necesitar excusarme de ello ni en el mínimo grado me da cierta autoridad para rechazar ese supuesto, que se ha manifestado al enjuiciar a Laín y su libro. ¿Quién es nadie para pedirle cuentas por eso? ¿Es que va a renacer el espíritu de las «depuraciones» de 1939, cuya contribución al envilecimiento nacional no es fácil medir? ¿Van a volver a pedirse «documentos», «declaraciones» o «juramentos» de adhesión a lo que sea, como se ha hecho durante tantos años, dejando inquieta la conciencia de los que se han sometido a ello, poniendo en entredicho la legalidad de los puestos obtenidos mediante tal

discriminación, excluyendo de participar en el Estado a los que no se han avenido a expresar tales «adhesiones»?

Si se considera necesaria una gran confesión general de los españoles, hágase —y pienso que debería hacerse en el secreto de cada conciencia—; pero, entiéndase bien, de todos los españoles. Durante cuarenta años sólo era obligatoria para la mitad; si ahora obliga exclusivamente a la otra mitad, se va a perpetuar la coacción, la violencia, y para decirlo todo, la mentira. Porque la santificación alternativa de cada uno de los dos bandos que lucharon en la guerra civil es una colosal falsedad, que hace imposible el clarividente examen de conciencia que sería necesario, el dolor de corazón por tan inmenso error histórico, el propósito radical de la enmienda, el arrepentimiento del gran pecado contra la concordia.

Es la conducta personal, durante la guerra y después de ella, lo que interesa; en un intelectual, es la historia de sus obras, de sus palabras, de su respeto a la verdad. El otro día preguntaba cómo hubiera sido la España posterior a 1939 sin Laín; imágenes lo que hubiera sido con veinte Laines.

Es claro que no los hubo: se hubiera sabido. La deuda de los españoles con Pedro Laín me parece copiosa; incluso la deuda política. Desde puntos de partida bien distintos de los suyos, y sin que ello fuera estorbo a la amistad y a la coincidencia en tantas cosas, lo he visto siempre esforzarse por entender a los demás, por dar su generosa ayuda, por aceptar la posibilidad de que el otro y no él tuviera la razón. Hayan sido cualesquiera sus posturas, Laín ha sido el reverso de la guerra civil, la negación de su espíritu. Y si se ha equivocado, es él quien lo dice. Y pienso que debería examinar con cuidado sus «errores», porque la mayoría de sus posiciones, aun en apoyo de causas que a mí me parecían inaceptables y a él se lo parecen hace por lo menos veinte años, eran en su contenido justas. Para buscar el ejemplo extremo, aunque no sea muy convincente su libro «Los valores morales del nacionalsindicalismo», muestra bien a las claras los valores morales de su autor.

A los jueces de afición y no de profesión habría que preguntarles, como en el cuento: ¿quién lo presenta? Y hay que cuidarse, al mismo tiempo, de no aceptar, como moneda válida, los supuestos injustificados sobre los que levantan su tribunal. Negar la parte de razón del otro es una injusticia; renunciar a la razón que se tiene, aunque no sea total, es otra. Resistamos, sigamos resistiendo, a toda invitación a la injusticia.

Julián MARIAS

PARA LA HISTORIA DEL VINO (y III)

SOBRE «LO BEURE CATALA»

YA lo apunté en mi papel anterior: según Francesc Eiximenis el «estilo» de beber propio de los catalanes consistía en distanciar los tragos pero hacerlos largos. Por eso, dice, «en especial és aprovat lo beure català». Y da sus razones: «car haver bon vi e beure poc fa créixer la set, e fa l'hom beure més e més, a per consegüent ret l'hom gran beverre». «Beverre» equivaldría a beodo cuando se le antepone el adjetivo «gran». En cambio, y siempre en opinión del fraile, «beure en bona quantitat sadolla lo bevent de ple en ple... Es toda una teoría, desde luego. Y bastante pueril, en última instancia. Descansa sobre la idea —confusa— de la sed. No todas las sedes son iguales: hay la sed de agua, y hay la sed de alcohol. Sirva el término «agua» para englobar los demás líquidos bobos: los carbónicos, los matizados con jarabes de fruta, los llamados zumos. La otra sed ya no depende del hecho de una mera sequedad en la boca y la garganta, ansia que se mitiga con un helado, con un té abrasador, con una «cola» industrial. La inclinación general a las bebidas espirituosas responde a unas necesidades biológicas distintas. No nos engañemos. La sed que el vino aplaca, si es que la aplaca, es otro tipo de sed.

Sería idiota enfrascarse en una discusión póstuma con Eiximenis, evidentemente. Pero me permitiré señalar que, en la cita aportada, a tra Francesc se le escapa, involuntariamente, el secreto de la cuestión. Habla de que «haver bon vi e beure poc fa créixer la set». ¡Y tanto! Precisamente porque el «bon vi», cuando uno tiene la suerte de que se lo ofrezcan gratis o a precios asequibles, nunca debe ser bebido «en bona quantitat», en sorbos de estricta avedez. Todo lo contrario: el «bon vi» exige un consumo a la francesa: beber «sovint e poc». Lo que vulgarmente se dice «paladearlo». ¿No será que el «estilo francés» de beber era diferente del catalán porque los vinos franceses eran mejores que los catalanes? La pregunta es inexcusable, en un análisis de los textos. Eiximenis, que en el refectorio de su convento de Valencia bebía lo que le daban, sacó la conclusión de que «los catalanes han los vins espessos e forcegals», y que sólo pueden ser consumidos

«a profit del cos» aguados: «ab poder d'aigua». «Amarer» el vino era lo corriente en su época. Fue lo corriente durante siglos. Cuentan que los griegos de la Antigüedad le echaban agua al vino. Estos sacrilegios sólo resultan comprensibles cuando el vino es poderoso en su graduación, y malo.

Para una historia del vino, y, en particular, para una historia de los vinos de los Países Catalanes, las apostillas de Eiximenis poseen un interés claro. No puedo detenerme aquí en detalles pintorescos, que abundan. Eiximenis, como cualquier fulano que escribe mucho —yo mismo, si ustedes quieren— solía contradecirse. Sólo los escritores «estrenidos» logran la coherencia absoluta: el estreñimiento intelectual, sin duda, tiene mucho que ver con el dogmatismo. Aunque también es cierto que hay dogmáticos de una facundia que ya, ya... Dejemos eso. Hablando de los vinos catalanes y de los catalanes bebedores, Eiximenis nos ha transmitido un «proverbi» autóctono muy curioso. Lo reproduzco a mi modo, valiéndome de la erudición ochocentista, siempre dudosa. Es éste: «Qui bé veu, bé alluca; e qui ha bon cap bé açuca; e qui ha bons peus, bé atruca; mas, sobretot, lo bon vi mata la cuca». El pasaje, en parte, queda enigmático, incluso después de consultar el Alcover-Moll. Pero no en la coletilla alusiva al vino no hay problema: «lo bon vi mata la cuca». Matar el gusano —el «cuquet», dicen en mi comarca— es una operación sostenida: la copa matinal, alcohólica. La «cuca» es una muy determinada especie de sed. Y Eiximenis, al constatarla, mostraba las vergüenzas.

No; nunca hubo un «beure català» como Eiximenis lo define. Un precioso bloque de documentos nos haría ver que entre nosotros cada cual bebía como podía. Era un problema de precios: los pobres bebían lo que estaba a su alcance, y los ricos procuraban escoger lo mejor. En algún momento, Eiximenis, arrastrado por las flatulencias cultas, se acoge a Ovidio —jun franciscano del XIV invocando a Ovidio!—, y se remite a una broma verbal. Los buenos vinos dependen de la letra «efe»: «fi, fresc, fred, fort, flairant o fragant, formigalejant o saltant, venós

o rajant...» «E que no sia flac ne fat, filat, fumat, florit, ferreny, mudat, grogueny, ne verdàs, ne melat, ne guixat, ne mesclat, ne fusteny...» El fenómeno «vino» sobrepasaba la «ética» de Eiximenis: las nociones emitidas desde el púlpito, uno de los «mass media» más impresionantes antes de Gutenberg. Eiximenis nunca condenó el vino. Nadie, en la Edad Media, pudo estar en contra del vino. Era «alimento» y era «negocio». Centrarse en el vino un «anatemá» furioso habría sido antieconómico: el Mercado y la Moral suelen ir de acuerdo. Y pongo mayúsculas en Mercado y Moral.

«Lo bon vi mata la cuca...» Dejemos entre paréntesis ese desayuno alcohólico preindustrial, en nuestras latitudes. La visión de Eiximenis, en resumidas cuentas, era una trampa. El «beure català» no era lo que él sugería. Y hasta cabe suponer lo contrario. Siempre aparece alguien que se apodera de las Cuatro Barras y pretende ser más catalán que nadie. Y lo mismo ocurre con cualquier otra bandera. Pero no hay ortodoxias nacionales. Ni aquí ni en parte alguna. Cada país tiene, por lo menos, dos tradiciones: una, la que sea, y la contraria, o las que vengan. Me gusta repetirlo. Y añadiré que un país es, siempre, algo más que tradición. Cuando Eiximenis tendía —capciosamente— a asentar un «estilo de beber» autóctono, la realidad inmedia se burlaba de su propósito. Había una muchedumbre de catalanes que bebían de otra manera, y muy probablemente eran la mayoría. O no: es igual. Se trate de beber o de creer, de jugar o de pensar, de vivir, en suma, no existen «modelos» étnicos, fijos, unánimes e intemporales, sino «sociedades» históricamente complejas, contradictoriamente variables, cuya identidad se afirma día a día en unas razones también históricas y contradictorias, pero objetivas, que hacen de cada una de ellas un «pueblo». Tal vez la explicación no resulte demasiado cartesiana a primera vista. Lo es.

Que «lo beure català» no era lo que decía Eiximenis sería fácil de demostrar. Las menciones enológicas que podemos sacar de los archivos y de la literatura dan a entender que los catalanes del siglo XIV, o del XV, bebían como podían y sabían: más «más» que «menos», y,

si el bolsillo ayudaba, con tanta delicadeza como los franceses tópicos. De las mujeres indígenas, y en particular de las aristócratas y las burguesas, cuenta Bernat Metge en «Lo Somni» que «entre elles disputen de bons vins», y que llegaban a la conclusión de que «vi no val res si no parla llatí»: si no emborracha. Los clérigos, que difamaban el vino, empujaban el codo con abrumadora asiduidad: sermones y sínodos lo atestiguan. Y los habitantes subalternos se ceñían al cinismo elemental del «pasarlo bien»: si estaba a su alcance. Acudir a este sector de datos haría peligrosamente larga esta serie de artículos. Bastarían unos cuantos epigramas del anónimo «Llibre de Tres». Ruego al director y al lector de este periódico que sean benévolo con el vocabulario medieval de las citas con que termino: aquellos individuos no tenían pelos en la lengua, y, además, los críos de hoy, de las mejores familias, son tan «deslenguados» que nadie se inmuta ya ante cualquier presunta «palabrota». «Tres plers són en aquest món: beure en taverna, jaure en bordell e cagar en prat». Y: «tres coses enganen l'hom jove: pluja menuda, vi dolcet e llàgremes de putana». Y: «Tres coses fan l'hom alegre: bé menjar, bé beure, bé dormir». Y... El autor del «Llibre de Tres», dicho sea de paso, estaba en contra de «amarer» el vino: «Tres aigües són perdudes: aquelles que hom met en lo vi, e aquella qui serveix a batiar jueu vell, e aquella del bany qui serveix a dona vella»...

Ustedes perdonen. Para que las cosas queden en su sitio, convenía recordar que «lo beure català» de Eiximenis no era lo corriente. Era lo que Eiximenis quería que hubiese sido. La lección está ahí. Por otra parte, el fraile del «Crestia» admite, de los franceses, una afable verdad, hoy en precario: «menjant e bevent se fan les amistats». Al paso que vamos, con unas perspectivas de dietética insípida y maquina, condicionada por los médicos y por las industrias de la alimentación, y con las «campanas» contra el alcoholismo, nos quedaremos sin comer ni beber. Y sin amigos. ¡Seguro!

Joan FUSTER

COMPRAMOS

ORO Y PLATA

de todas las calidades

COMPRA - VENTA

JOYAS y BRILLANTES

Precios de oportunidad

AVDA. GLMO. FRANCO, 361 BIS (ESQUINA LAURIA) LA RESTAURADORA, S. A.

Sea socio del mayor club de tenis de España

por sólo 700 ptas./mes...
¡y sin entrada!

- 33 pistas de tenis,
- 8 frontons,
- 3 campos de balón-volea,
- 2 piscinas,
- campo de petanca,
- campo de fútbol-sala,
- parque infantil,
- masía-local social
- parking para 400 coches.



OPEN TENNIS CLUB

Venga a visitarnos, en el propio Club: Autovía de Castelldefels, km 8,0 en Barcelona: Travesera de Gracia, 15 - Tel. 218 00 69.

LA SALUD ES IMPORTANTE
CHEQUEO

Esta es la palabra, ya conocida por todos, que nos da a entender el examen exhaustivo efectuado por ocho Especialistas en un mismo Centro y con las instalaciones adecuadas para ello.

Sabido es que mejor es prevenir que curar, y en la actualidad la sociedad es bien consciente de la importancia de la salud del individuo, su repercusión en todos los aspectos de la vida y por ende, la inexcusable responsabilidad del bienestar de la familia que le rodea.

Este Instituto le ofrece el Chequeo Completo, Parcial o Internado en clínica.

INSTITUTO ESPAÑOL DE RECONOCIMIENTO MEDICO

Avda. Generalísimo Franco, 598, 2.º, 2.º - BARCELONA-11
(Plaza Calvo Sotelo). Información telef. 217.94.76 y 217.96.32